

Juan Diego Flórez: una nueva página en la historia de la lírica

Con un lleno total, el tenor peruano actuó el pasado mes en el teatro Cervantes, en una velada lírica de lujo.

El pasado 8 de febrero el teatro Cervantes, como acostumbra en estos casos, tenía un lleno total. Aficionados a la ópera, de todas las edades, sabían lo que tenían la suerte de presenciar. La actuación en Málaga de Juan Diego Flórez era un lujo para todos aquellos que gustamos del arte lírico. Y no defraudó.

Considerado el tenor de moda del momento, a sus treinta y cuatro años, apadrinado por las palabras de una figura como Pavarotti, que lo ha definido como su "sucesor", con una agenda llena hasta el 2013, son sin duda cartas de presentación irrefutables.

La actuación en Málaga de Juan Diego Flórez era un lujo para todos aquellos que gustamos del arte lírico. Y no defraudó".

No es fácil reseñar el perfil vocal de Flórez que, a diferencia de artistas como Kraus o Fleta (que no se parecían a ningún otro) este que nos ocupa se parece a bastantes: del ca-

agudos y, como es característico en los tenores lírico-ligeros, su no excesivo volumen se suple con una exquisita sensibilidad y buen gusto.

El peligro de las voces agudas es su escasa duración: cuando se llega a dominar la técnica es cuando se empieza a perder facultades o, como decía el doctor Colomer Pujol, gran musicólogo, a perder "esmalte". Esperemos que esto no ocurra a Juan Diego Flórez, que aúna depurada técnica, color y timbre bellísimos.

A priori, el repertorio que leíamos en el programa de mano decepcionaba por cuanto sabíamos que no hacía justicia a sus facultades; echábamos en falta, por ejemplo, algo de Bellini, imprescindible en un tenor belcantista.

Comenzó con el "Don Giovanni" mozartiano, para algunos la mejor ópera de este genial y prolífico compositor del que el año pasado celebrábamos el 250 aniversario de su nacimiento. El aria "Il mio tesoro", caracterizada por sus dificultísimos "ornamentos" fue afrontada por el artista con limpieza y seguridad.

En las difíciles arias del "Orfeo ed Euridice" y, teniendo en cuenta que en esta ópera, el papel de Orfeo, en la versión italiana suele interpretarlo una contralto o mezzosoprano, y en la francesa un tenor, Flórez salió airoso, identificándose con Glück,



↑ Juan Diego Flórez en un recital

Como broche y, tras tres canciones de la compositora peruana Rosa Mercedes Ayarza de Morales, "Lin-

La voz del peruano es alta y clara, con gran facilidad para la emisión de agudos"

da de Chamonix", la mejor de las tentativas en las que Donizetti cultivó el género semiserio.

Pero, el tenor, guardaba lo mejor para el final. En las "propinas" fuera de programa, la cabaleta de "El Barbero de Sevilla" rossiniano, ópera completa que representó, junto a María Bayo, el pasado año en un excelente y original montaje en el Real de Madrid y cuyo papel del Conde de Almaviva parece escrito para él; la arriesgada cabaleta "Ah, mes amis" de "La fille du régiment", terror de los tenores que han de dar nada menos que nueve veces el temido y, mal llamado, "do de pecho" (estamos seguros que el gran Kraus escuchó la pieza con deleite desde donde esté). Este mismo aria de "La hija del regimiento" le sirvió para cosechar un nuevo éxito el pasado 20 de febrero en Milán. Toscanini, el más célebre director de la Scala, no tenía gran opinión de los intérpretes operísticos. Para él había tres categorías humanas desprecia-

bles: los tontos, los muy tontos y los tenores. Convencido de que la música estaba por encima de las voces y los excesos de egolatría, prohibió en su teatro la repetición de arias o bis-es. Con Juan Diego, el mes pasado, la norma tácita fue quebrantada en la catedral de la lírica. A petición del público milanés, tras cinco minutos de ovación, el artista repitió la pieza de Donizetti, cosa que no ocurría desde 1933. Para finalizar, la deliciosa "Una furtiva lacrima" (las comparaciones son odiosas, pero inevitables: nos recordaba a Gianni Poggi) y la canción "Júrame", elegida por el público, ejecutada con tanto gusto y sensibilidad, que elevan a este tipo de canciones populares en pequeñas joyas interpretativas.

Sólo un reproche, no al recital, sino al artista: no comprendemos como un cantante de habla hispana y que goza aquí de tantos seguidores eluda nuestro género lírico nacional, la zarzuela. Si rectifica, de verdad que muchos se lo agradeceríamos.

Impecable fue también el acompañamiento del pianista estadounidense Vicenno Scalera, experimentado en estas lides gracias a largas giras internacionales con cantantes líricos de la talla de Bergonzi, Caballé, Scotto o Carreras.

Volviendo al tenor, hay que decir que, la casi "irreal" voz de Flórez cala al escucharlo en directo. Hay instantes mágicos en una representación o actuación, de cualquier tipo de arte escénico, en el que el públi-

co, en su conjunto, parece aunado en una atención y ensimismamiento que le obliga casi a cortar la respiración. De este tipo de momentos hubo varios en el recital de Flórez. Cuando su voz cantaba "Un solo instante i palpiti del suo bel cor sentir..." ("Un solo instante el palpito de su corazón deseo sentir...") o en las sobradas interpretaciones rossinianas, el duende del arte con mayúsculas recorrió el teatro, desde el patio de butacas hasta un lejano segundo piso llamado "Paraíso" (creemos que, en un alarde de eufemismo, por encontrarse más cerca de este que del mundanal suelo).

A parte de su técnica y condiciones vocales, el artista nos sorprendió por su soltura en el escenario. El tenor se permitió un par de guiños afables con el público e incluso mantuvo algunos diálogos con él. Y es que Flórez ya tiene la seguridad ante el público propia de una estrella. Sabe que lo tiene ganado de antemano, pero con la cercanía y llaneza que le infieren su juventud. La ópera pierde, así, y eso es de agradecer, su halo de caduco elitismo y seriedad mal entendida.

El tenor se dirigía al aforo y se explicaba: "Salgo del escenario entre aria y aria porque estamos en Andalucía y sé que ustedes tienen que hablar" Risas cómplices de los congregados en una espléndida noche de buena lírica en el Cervantes.

Lucía Alba Antolín
(Licenciada en Historia del Arte)



nario nos recuerda la depurada técnica; de Pavarotti, la belleza de la voz aunque sin caer en la monocromía del de Módena; de Tito Schipa nos trae a la memoria su elegante fraseo y, de Cesare Valletti, su versatilidad.

La voz del peruano es alta y clara, con gran facilidad en la emisión de

cuya música, no describe, expresa.

Las tres arias del "Rigoletto" verdiano fueron bordadas, aunque quizás estamos acostumbrados a voces más redondas y cálidas en el rol del Duque de Mantua. Sublime "La donna è mobile", aria tan conocida que deleita hasta los oídos más legos de los "no aficionados".